

La Ilustración Artística

AÑO XXX

BARCELONA 17 DE JULIO DE 1911

NÚM. 1.542

BARCELONA.—SALÓN PARÉS



EL PREDILECTO, cuadro de Modesto Teixidó

Continúa este artista las tradiciones de su familia. Laborioso é inteligente, logró pronto distinguirse alcanzando señalados triunfos. En la Exposición recientemente celebrada en el Salón Parés, en unión de su hermana, que también ha logrado singularizarse, exhibió varios lienzos notables, entre ellos el que reproducimos en esta página.

6

ADVERTENCIA

Con el próximo número repartiremos á los señores suscriptores de la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA el tercer tomo de los correspondientes á la serie del presente año.

Este tomo será el primero de

NAPOLEÓN I ÍNTIMO

y en él se estudia al hombre, al soldado, al cónsul y al emperador en su vida privada, todo ello según documentos oficiales, correspondencias, biografías y memorias de la época, é ilustrado con profusión de grabados, reproducciones de retratos, estampas, objetos y documentos auténticos.

Con esto queda dicho hasta qué punto será interesante esta obra, escrita por D. Juan B. Enseñat, académico correspondiente de la Historia.

SUMARIO

Texto.—*De Barcelona. Crónicas fugaces*, por M. S. Oliver. — *La primera felicitación*, por Alfonso Pérez Nieva. — *La peregrinación de Villarreal*. — *Barcelona. Excursión ciclista á Mataró*. — *El presidente de la República francesa en Holanda*. — *El círculo europeo*. — *Los alemanes en Agadir*. — *Félix Mottl*. — *San Sebastián. Homenaje á las reinas*. — *Justicia humana* (continuación). — *Notas de la América del Norte*.
Grabados.—*El predilecto*, cuadro de Modesto Teixidó. — Dibujo de Mestres que ilustra el cuento *La primera felicitación*. — Busto modelado por J. Grey Barnard. — *Una feria*, cuadro de L. Beut. — *Regreso de la fiesta del Carmen*, dibujo de R. Pellegrini. — *Peregrinación de Villarreal*. — *Barcelona. Excursión ciclista á Mataró*. — *La Haya. El presidente de la República francesa acompañado de la reina Guillermina y del rey consorte*. — *París. Beaumont á su llegada al aeróbromo de Vincennes*. — *Sacrificio á la diosa del Amor*, cuadro de C. Zecchi. — *El crucero «Berlin»*. — *El cañonero «Ponther»*. — *Félix Mottl*. — *San Sebastián. Homenaje á las reinas* (tres fotografías). — *Notas de la América del Norte. La inmigración. La isla de Ellis* (seis grabados).

DE BARCELONA.—CRÓNICAS FUGACES

Siempre la misma y siempre nueva se nos ofrece todos los años esta Barcelona de las verbenas, de los comienzos de julio, de las noches estivales, ardorosas y claras. El sol se despide, encendiendo el horizonte con tintas anaranjadas y opalinas; chillan los vencejos embriagados en la pureza del aire; reverberan las cúpulas de los edificios, las cristalerías lejanas y misteriosas, las doradas veletas; tiemblan los árboles y las frondas de los jardines recién regados; una suntuosidad de azul de turquesa en el cielo y de verde y oro en la ciudad y en los campos, lo inunda todo de alegría. Desciende la noche; aparecen los astros como gotas de luz flotando en la transparencia del éter; iluminanse, á lo lejos, las grandes perlas del alumbrado eléctrico, los rosarios infinitos de los faroles, las altas ventanas de los palacios y de los tugurios, de las fábricas y de los cuarteles. Un río humano desborda de las viviendas y corre por las calles interminables, á pie, en coche, en automóvil, en la imperial de los tranvías, en las «golondrinas» del puerto. Cúbrense las aceras de puestos y mesas improvisadas sobre las cuales se amontonan, con la caliente fragancia del horno, las tortas de San Juan; los tiestos de claveles y de albahaca llenan el aire de su olor sano, casero, un poco moruno.

Brilla la primera fogata, la segunda, y otra, y otra más lejos, en los cruces, en las vías inmensas de la inmensa red. Barcelona arde en fiesta. Contemplada desde el terrado, desde una altura de los suburbios, parece un transparente luminoso, de dos ó tres leguas de extensión, que prolonga sus ramas de luces hasta la sierra, y en dirección de los ríos, y en dirección del mar, donde se reflejan en un agua inmóvil y pálida. Es la noche de verbenas, con su rodar de coches, y su rumor de gentío en vela, y su tumulto de bocinas de automóviles, timbres de espectáculos, gritos de vendedores, ecos de músicas cercanas y remotas, divagaciones de pianistas nocturnos, vibración de danzas á través de los balcones abiertos, ruido de vajilla que viene de ignotas cenadores, confusamente adivinados en las sombras lejanas.

* *

También ésta es la hora de la vuelta obligada por el Paralelo, el momento más interesante de la gran *hermesse* popular. Ahí está, con sus edificios improvisados, sórdidos unos, chillones y acremente policromos los demás; con las terrazas de sus cafés ocupadas por cuatro filas de mesitas y, en el borde de las aceras, instalados toda suerte de carretillas, puestos, tenderetes y botillerías ambulantes, el frutero, el vendedor de horchata, el pájaro prodigioso que dispara el cañón y saca el billete de la buena fortuna, el charlatán y la charlatana que pregonan su específico, y el fogón de la buñolera, oliendo á humo de aceite

adulterado y á fritanga... Un público inmenso discurre y se codea por el centro del arroyo ó por el puesto libre de las aceras, medio deslumbrado por la luz que desborda de los cafés-pajareras, de los pórticos de teatro, en cartón piedra, simulando riqueza y lujo. Marchitas estrellas de café-concierto, entran en el salón de «variedades», á recitar su número, á bailar, á cantar, á entretener su clientela de barriada y á conquistar sus laureles de arrabal. Chirrian los órganos, pianolas, bombos, platillos y chinoscos de todos los cines; ruedan y vibran los discos de todos los fonógrafos; funcionan los manubrios de todos los pianos mecánicos; anuncian la niña colosal, el hombre serpiente y el joven con media cara de becerro, los ganchos de los barracones y destacan las pinturas de cartelón-reclamo, con escenas horribles de dramas patibularios, anticlericales y de *detective*.

Es un compendio de la feria del mundo y una concreción del éxito ó del fracaso de la democracia en sus relaciones con la dignificación estética de la multitud. Lo que no puede negarse es lo pintoresco del espectáculo, para quien lo mira de pasada, sin internarse en él ni ahondar en los problemas y filosofías que sugiere. Hombres, mujeres, bohemios de toda ralea, «conductores de muchedumbres», capataces de la política que se hacen ver cultivando su popularidad, soldados, mozas de rompe y rasga y, de cuando en cuando, el coché descubierta del señorito, ó el automóvil encopetado, ó el viajero curioso que se dejan caer por allí como en busca de un número de amenidad con que completar el programa, antes de la cena ó la orgía en más elegantes tabernas: todo eso se codea y estruja durante unas horas en la singular barriada, lugar de respiro de una ciudad industrial entre el casco antiguo, los suburbios fabriles y la marina.

* *

Pero pasan las verbenas, con su resonancia de músicas que se extinguen en el pasado y de cohetes que funden su cabellera de oro en la noche enlutada. El calor aprieta, el veraneo y los viajes se adelantan. Ha llegado el instante de las despedidas, de las vacaciones, de las licencias. Oficinas y despachos quedan entornados, más que abiertos. La gente se sesteá, dormita sobre sus facturas, sobre sus cartas, sobre sus periódicos. Viene la obligada suspensión de todo lo superfluo, de todo lo que no es primera necesidad inmediata. Pasan los omnibus, camino de la estación, coronados de equipajes. La densidad del tránsito disminuye, los paseos y las calles concurridas clarean; el Barcelona de la superficie dorada se ha dispersado en mil sentidos: por la montaña, por los pueblos, por las estaciones del Cantábrico, por los sitios predilectos de Europa. Dos meses, tres meses de suspensión de vida social, representativa, universitaria y artística. Un adiós hasta octubre, hacia el descanso, hacia la ilusión, hacia la renovación de hábitos, sensaciones y perspectivas.

Y, después, la vuelta, con la inexplicable melancolía de todos los regresos y de todas las tardes de fiesta. Un año más, una ilusión menos y otra vez la dureza del deber encadenándonos al trabajo y la lucha, como antaño, como el otro y como siempre.

* *

Ya con un pie en el estribo sorprendió á muchos la noticia de haber dejado de existir el ilustre poeta y patricio valenciano D. Teodoro Llorente, que, á parte de su reputación española, tiene aquí y en toda Cataluña, carta especial de ciudadanía literaria. Todo el mundo conoce los méritos del insigne traductor que hizo familiares en España á los sumos poetas del mundo contemporáneo, desde Goethe, Schiller y Byron hasta Verlaine y Mallarmé. A más reducido círculo alcanza, no obstante, su figura como representante del renacimiento poético de los pueblos de lengua catalana en Valencia. Llorente puede reputarse como uno de los «patriarcas», acaso el último, de esa restauración á la cual se mantuvo íntimamente fiel y á la que consagró el oro más acendrado y puro de la inspiración propia.

El Ayuntamiento de Barcelona acordó entre otros tributos á su memoria, la colocación del busto de Llorente en el Parque de esta ciudad, aumentando con él la población ideal que entre aquellas espesuras y macizos de flores, recuerda la constelación romántica de los Juegos Florales, los orígenes del Teatro catalán, el primer vagido de nuestro renacer artístico y de nuestra expansión urbana. Bien estará allí Llorente: sus compañeros, sus pares son Aribau, Milá, Aguiló... Allí le aguardan con la fraternal sonrisa estatuaría de quien mira á la eternidad de los tiempos. Llorente convivió con ellos en la república ideal y platónica del primer renacimiento; cantó tam-

bién la patria, la fe y el amor y se afilió á la religión del gay saber, como á un rito absconso y poético que compartió toda su vida.

* *

Júzguese de la finura y exquisitez de espíritu de Llorente por esta observación: durante cincuenta años pudo ser floralista, *capoulier*, felibre, apóstol del *Rat-Penat*, sin que este simbolismo poético le contaminara con una sola nota equívoca ni de caricatura. Semejante en esto á Mistral—¿no es verdad que en cierto modo consiguió *mistralizar* á Valencia?—semejante á Mistral sostuvo toda su vida ese ministerio poético con una elegancia y distinción que hicieron olvidar cuanto había de superpuesto ó de pueril en dicho culto y en dichas ritualidades. En Valencia no tuvieron los Juegos Florales la eficacia de despertamiento social que alcanzaron en Barcelona. Allí quedaron en puro rito, en pura contemplación platónica, en pura solemnidad de una fiesta al año. Mas, pareció abrirse una segunda existencia fuera de la realidad, en las regiones de lo arbitrario; y el *Rat-Penat*, y el «lemonín», y las viejas cortes de amor y el mundo de los trovadores, fueron á modo de una patria de ensueño en la cual era lícito vivir y espaciarse, como se espaciaron un día los poetas y las hermosuras palaciegas en las ficciones de la Arcadia, creyendo jugar á zagalas y pastoras ó á ninfas y sátiros capripedes.

Y este espejismo es el que parece haber acabado con Llorente. Era una voz y parecía todo un pueblo; era un patricio y sugería la ilusión de una patria; era sólo un poeta y parece haberse hundido con él toda una poesía, todo un continente espiritual: esa Valencia de ensueño por él sacada á flote como una Delos florida, todo laureles y rosas fragantes.

* *

Otro aspecto de su personalidad merece también un recuerdo especialísimo: el que se refiere á su labor de publicista y organizador del periodismo regional. Hubo un tiempo en que la provincia careció de voz. Tenía que contentarse con la que le prestaban los mismos directores de la política general de España ó con la ineficaz y débil de los periódicos de partido, creados para la intriguilla, para la campaña menuda, para el interés particular del personaje. En *Las Provincias*, ofreció Llorente un espejo en que mirarse, por el esmero de su confección, por la serenidad de su juicio, por el espíritu sanamente conservador, atractivo é ilustrado que mantuvo siempre, hasta el punto de hallársele á la vanguardia de todas las iniciativas provechosas para la región que se han sucedido en el espacio de cuarenta años. Sí, hay que proclamarlo. Llorente dignificó la prensa local y ofreció un ejemplo vivo y perenne á muchas emulaciones que han venido después. Sin destemplanza, con comedimiento, con elevación de estilo y de punto de vista, llevó á cabo una labor persistente por más de diez lustros, vertiendo ideas, consejos, proyectos, cultura, belleza; desterrando las formas envejecidas y grotescas de las discusiones provincianas; acabando con las gacetas polémicas de: «tila, mucha tila,» *risum teneatis* y demás simplezas del mismo jaez; acostumbando, en fin, á las capitales secundarias á pensar un poco por cuenta propia sin inhibirse del deber y del derecho de formar opinión y equilibrar y ponderar con ella las direcciones exclusivas y peligrosas del espíritu público...

* *

Tal era ese D. Teodoro tan querido y respetado en Cataluña, tan amigo de Cataluña. Nunca faltó á sus fiestas, á sus conmemoraciones, á sus días solemnes. Aquí le encontraron, cuando su famosa y ya lejana visita, Mistral y los felibres provenzales; aquí le hemos visto tres ó cuatro veces en los últimos años, asociándose á todos los regocijos y triunfos de nuestras letras. ¿Cómo no considerarle nuestro también por adopción mutua, por alta comprensión de afectos y esperanzas? A donde él iba, iba la serenidad afectuosa, el gusto poético vivo, la perenne juventud de alma que traía consigo el noble consejo de la edad y la ingenua frescura del niño en el lenguaje. Con él iba la voluptuosa pero sana imaginación levantada, cuajada de flores, exuberante, melífica, olorosa, con ráfagas de verjel... Tanto hemos perdido; por mejor decir, tanto hubiéramos perdido, si su grata semilla no hubiese de germinar, si de su esencia no se hubiese incorporado algo á cuantos tuvieron el honor de comprenderle y admirarle.

MIGUEL S. OLIVER.

LA PRIMERA FELICITACIÓN, POR ALFONSO PÉREZ NIEVA, dibujo de Mestres

I

Un gabinetito de casa de clase media, amueblado con sencillez: sillas de yute rosa y una mesa escritorio

(Suena una campanilla en el interior de la casa.)
 SEÑORA.—¿Quién será?
 JOVEN.—Alguna equivocación... Desde que papá murió, no llama casi nadie á nuestra puerta.

ustedes la calificación... Un registro agudo hasta las estrellas y unos graves inconcebibles.
 TENOR.—¿Con qué obra piensa debutar?
 MAESTRO.—Con *Lohengrin*.



Y ahora, explicado el misterio, ¿me perdonan ustedes?

imitación á bambú. En uno de los lados un piano, ante el que se halla sentada una joven, acompañándose ella misma á las romanzas que á plena voz canta consecutivamente, casi sin parar mientes en la partitura abierta sobre el atril. Muy próxima, hundida en un butacón, con un bastón muleta al alcance de la mano, sigue atenta los ejercicios una señora ya madura, ora asintiendo, ora moviendo la cabeza y siempre llevando el compás.

SEÑORA.—Muy bien, hija mía, muy bien. Dices las frases con expresión, pero tengo que hacerte un reparo.

JOVEN.—¿Y es?

SEÑORA.—Que no gradúas bien las pausas y gastas fuerza inútilmente. Piensa en que la voz es cosa que dura poco y hay que economizarla.

JOVEN.—¡Es verdad!

SEÑORA.—Fuera de ese detalle y de alguna inexperiencia de vocalización, nada... Sigues teniendo un tesoro en la garganta.

JOVEN.—Lo que no impide que no me sirva para maldita la cosa, ni siquiera para conseguir una mala lección con que ayudar á tu viudedad mezquina.

SEÑORA.—Pues mira, gran falta nos hace y algo aliviarían nuestra penuria dos ó tres discípulas; pero por una parte, no creo que tengas condiciones para enseñar—eres muy nerviosa,—y por otra el torrente de voz que Dios te ha dado es digno de mejor causa.

JOVEN.—Desde luego que el teatro sería mi mayor ambición..., la ópera.

SEÑORA.—¡Cuántas que pasan por estrellas líricas quisieran poseer tus facultades!

JOVEN.—¡Me miras con demasiados buenos ojos, mamá!

SEÑORA.—No, no es una pasión de madre. *(Pausa.)* ¡Si pudiéramos hacer que te oyeran..., aunque fuera en un concierto!

JOVEN.—No conocemos á nadie... ¡Es tan difícil abrirse paso!

(Entra una criada con una tarjeta.)

CRIADA.—Este señor que desea hablar un momento con las señoritas.

JOVEN *(leyendo la tarjeta)*.—Pablo López, empresario de teatros.

SEÑORA.—No le conozco... ¿Qué le traerá á esta casa?

JOVEN *(con acento de broma)*.—¡Toma, pues que vendrá á contratarme!

II

El salón de ensayos del teatro, una vasta estancia á todo lo largo de cuyos muros corre un largo diván rojo é iluminada solamente por la cansada luz de dos grandes ventanas que dan á un patinillo, resultando tan oscura, que en las horas de trabajo tienen que encenderse las dos lamparitas eléctricas en forma de bujías del piano, para que el maestro pueda leer la partitura, y las peras de media docena de brazos desdorados fijos en la pared.

Las luces de los brazos están apagadas; no es hora de ensayo de coros. Tan sólo brillan en la tenue claridad las dos bujías del piano, como dos ojos de buho, bañando con su blanco resplandor las hojas cuajadas de puntitos negros de la abierta partitura. El maestro, sentado en la banqueta y vuelto de espaldas al libro, charla con el tenor y el barítono, dos rizosos señores de melena sentados junto á él en el extremo de uno de los divanes contiguos.

TENOR *(estirándose negligentemente con fatuidad los puños de la camisa y con suave acento italiano)*.—¿De modo que usted conoce ese *capo lavoro* del canto que ha descubierto el empresario?

MAESTRO.—La he oído dos ó tres romanzas y aseguro á ustedes que tiene por voz una flauta.

BARÍTONO *(no menos amanerado que el tenor)*.—«La flauta encantada», de Mozart. ¿Qué voz tiene esa perla?

MAESTRO.—Tiple acontratada, si me permiten

BARÍTONO.—Valiente... Se atreve con Wágner de primera intención... Eso es simpático...

TENOR.—¿Es muy joven?

MAESTRO.—Diez y ocho años.

BARÍTONO.—¿Bonita figura?

MAESTRO.—Una palma.

BARÍTONO.—¿No ha pisado nunca las tablas?

MAESTRO.—Nunca... Ni siquiera ha cantado en conciertos.

BARÍTONO.—Pero eso es un verdadero hallazgo..., si triunfa.

TENOR.—¿Y dónde diablos ha ido el empresario á encontrar esa joya?

MAESTRO.—Una verdadera novela de folletín. La casualidad... La oyó cantar varias veces desde un cuarto del hotel, cuyas ventanas dan á un patio medianero de una casa de pisos, de la que brotaba aquella voz y en la que la niña vive, y maravillado de su timbre no paró hasta indagar de quién se trataba... Una viuda con su hija, de distinguida familia caída en la desgracia... Pronto encuentra quién le presente... «Es hombre práctico», que dicen los franceses, proposición de prueba al canto y... *(Levantándose bruscamente de la banqueta.)* ¡Aquí está ya!

BARÍTONO *(levantándose también)*.—¡Brava!

TENOR *(imitándole)*.—¡Oh, sí que es bella!

III

Siete ú ocho veces se ha levantado el telón para que la angelical cantante reciba una ovación estruendosa de una muchedumbre delirante que no cesa de vitorearla y aplaudirla, de pie. Mientras la gente desfila con el elogio en los labios, gran número de abonados se precipita hacia los cuartos de los artistas para felicitar á la nueva estrella lírica. La escalera y el pasillo son un hacinamiento de fracs, de gardenias en el ojal, de pecheras de camisa lustrosas como espejos.

UN ABONADO ANCIANO Y TEÑIDO.—No recuerdo cosa igual ni aun en los tiempos de la Patti.

OTRO DE LOS MISMOS AÑOS Y AFEITES.—Y esto en su primera salida, á pesar del miedo que embarga la voz...

UN TERCERO.—¡Y siendo una criatura en la adolescencia!

La semblanza es unánime en todos los grupos, el encomio y la sorpresa extraordinarios. Un movimiento de impaciencia se produce en la masa de hombres.

UN ABONADO QUE SE HALLA AL PIE DE LA ESCALERA.—¿Pero vamos á estar aquí toda la noche?

OTRO.—¿Por qué no se mueven esos señores?

UN TERCERO.—¡No me explico qué esperamos!

UN CUARTO.—¿Pero la diva está ya recibiendo?

UN QUINTO.—Creo que no. Es tan estrecho el pasillo, que no hay medio de adelantar un paso mientras no se despeje algo.

Circula de pronto una noticia, de boca en boca, como un reguero de pólvora, haciendo asomarse la estupefacción á todos los rostros.

UN ABONADO JOVEN ATUSÁNDOSE PETULANTEMENTE EL BORGONÓN BIGOTE.—Estamos perdiendo el tiempo... La diva se ha fugado...

VARIAS VOCES.—¿Fugado?

OTRO ABONADO.—No hay que echarlo á barato. Es que no se la encuentra en el teatro.

OTRO.—¿Pero cómo ha podido irse tan pronto si ahora mismo se hallaba en escena dando gracias al público por la ovación?

Pasa trabajosamente un empleado del teatro de galonada gorra, al que asaltan todos abrumándole á preguntas.

EMPLEADO.—Es cierto, no está ya en el teatro... Un tramoyista la ha visto salir por la puerta de servicio de la escena, seguida de su doncella.

TODOS.—¿Pero dónde ha ido?

EMPLEADO.—En contaduría han dicho que á su casa...

VARIOS.—¿A su casa? ¿Y dónde es su casa?

EMPLEADO.—Ahí enfrente, junto al hotel.

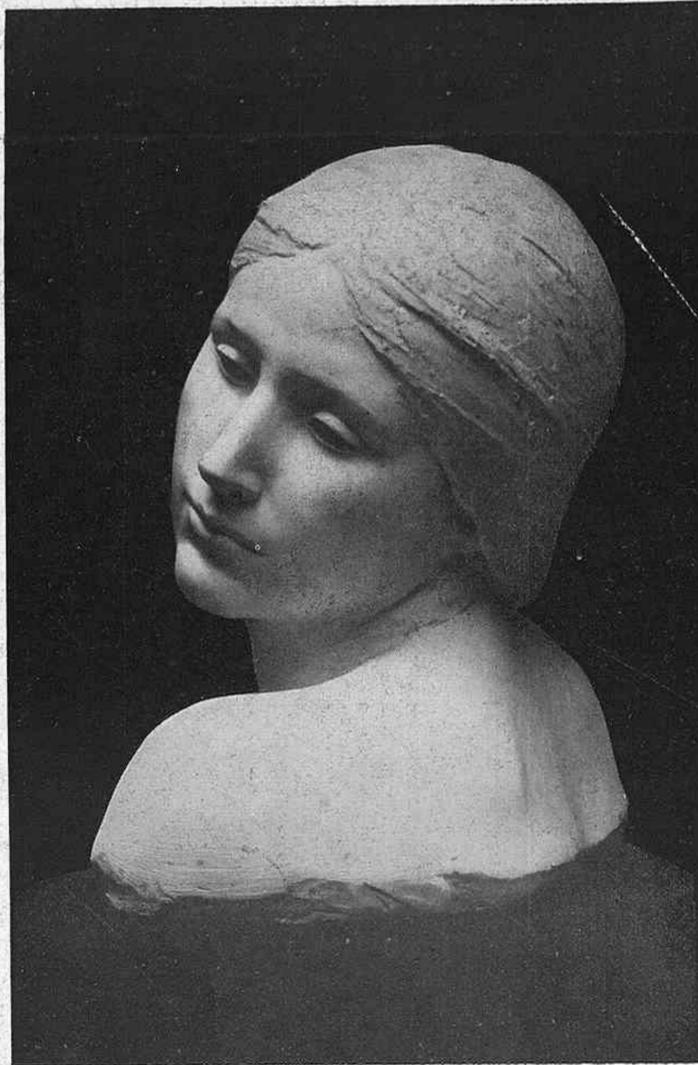
UNA VOZ.—Pues vamos en el acto á su casa á felicitarla... Ya es de la gloria y del arte, ya es nuestra y no tendrá inconveniente en recibirnos...

UN ABONADO.—¿Qué extraño proceder!

OTRO.—¡Y hasta poco correcto y respetuoso con el público!

UN TERCERO.—¡Como es nueva en el oficio!

UN CUARTO.—Pero estos detalles se adivinan para no dar un mal paso,



Busto modelado por Jorge Grey Barnard

La ola de frass, gardenias y pecheras va descendiendo por la estrecha escalerita, como un desagüe de esclusa, hasta dejar libre el lugar y saliendo á la plaza, atraviésanla todos, entrándose en una casa antigua, bañada de luz por los dos arcos voltaicos del contiguo hotel.

IV

Una amplia habitación de arcaico mueblaje y allí, en un gran butacón de alto respaldo, con una manta de viaje sobre las rodillas, una señora de cabellos grises y rostro prematuramente ajado por el sufrimiento. Por sus mejillas se deslizan tranquilas lágrimas de emoción, resplandeciendo sus ojos con intensa alegría. A su lado la joven diva, de pie, no menos radiante de júbilo y dejando una de sus manos prisionera de las dos de la enferma. En la puerta, seis ú ocho abonados que se han detenido estupefactos.

UNO.—¡Perdón, señorita, pero en nuestro deseo de felicitarla!.

DIVA.—¡Adelante, adelante! Si precisamente los he hecho pasar al recibir su tarjeta para que aprecien por propios ojos la causa de mi fuga... Es mi madre y, además, mi maestra de canto... A ella le debo cuanto sé... La pobre está impedida, por lo que no le ha sido posible asistir á la representación... Y concluido el espectáculo, me he venido á escape á darle un beso para oír la primera enhorabuena de sus labios. Y ahora, explicado el misterio, ¿me perdonan ustedes?

REGRESO DE LA FIESTA

DEL CARMEN

(Véase la lámina de la página 465)

La fiesta del Carmen se celebra en Nápoles con gran solemnidad. Multitud de barcas, adornadas con innumerables globos, surcan las aguas del golfo y se dirigen á la playa del Carmen conduciendo hermosas muchachas pintorescamente vestidas y muchachos alegres que van á pedir á la Madonna algún favor ó á darle las gracias por alguna merced recibida.

Las embarcaciones se cruzan, se alejan y al fin se juntan, entregándose entonces sus tripulantes á las mayores explosiones de alegría; sueñan ruidosamente castañuelas y panderetas, y al final, suéltanse los globos en medio de la general algazara y bajo aquel cielo purísimo y aquel sol espléndido que hace vibrar de entusiasmo al pueblo nacido en aquella tierra privilegiada.—T.



Una feria, cuadro de Luis Beut. (Salón Parés.)



RECUERDO DE NÁPOLES. REGRESO DE LA FIESTA DEL CARMEN, dibujo de Ricardo Pellegrini

BARCELONA

EXCURSIÓN CICLISTA Á MATARÓ

Centenares de ciclistas hallábanse reunidos, en las primeras horas de la mañana del domingo día 9 del actual, en el Salón de San Juan frente al monumento de Rius y Taulet, con objeto de dirigirse á Mataró, en donde había de celebrarse un mitin ciclista.

A las seis y media dióse la señal de partida, abriendo la marcha la sección ciclista de la Cruz Roja, siguiendo en grupos los socios de varios clubs. Por el camino, agregáronse á la comitiva los ciclistas de otras poblaciones, de suerte que al llegar á Mataró el número de excursionistas excedía de mil.

En Mataró fueron recibidos por los ciclistas de aquella ciudad, cuyas calles ofrecían animadísimo aspecto, y una comisión de ellos y algunos periodistas subieron á las Casas Consistoriales á saludar al alcalde, cambiándose afectuosos discursos entre éste



Villarreal (Castellón).—Fiestas religiosas en honor de San Pascual. El obispo de Tortosa, los arzobispos de Valencia y Sevilla y los obispos de Jaén y Ciudad Real, que presidieron la procesión.

LA PEREGRINACIÓN DE VILLARREAL

Solemnísimas han sido las fiestas que en honor de San Pascual Bailón se han celebrado en Villarreal y á las que han acudido más de diez mil peregrinos forasteros, muchos de ellos procedentes del Congreso Eucarístico últimamente celebrado en Madrid.

Durante la madrugada del día 7 dijéronse misas de comunión en las iglesias de San Pascual, Arciprestal y del Hospital, y á las diez celebróse en la primera la misa mayor, que dijo el arzobispo de Sevilla y á la que concurrió el Ayuntamiento en corporación. El obispo de Jaén pronunció un elocuente discurso enalteciendo la solemnidad del acto que se realizaba como final del Congreso Eucarístico, cantó las excelencias del Sacramento de la Eucaristía é hizo el panegírico de San Pascual Bailón, á quien León XIII proclamó patrón de todos los congresos eucarísticos.

Por la tarde celebróse la procesión, que resultó grandiosa. Concurrieron á ella millares de fieles, 110 estandartes, 52 imágenes y siete bandas de música, habiendo sido presidida por el gobernador civil de Castellón, el alcalde de Villarreal y demás autoridades locales. La imagen de San Pascual era llevada



Paso de la procesión por la calle Mayor. (De fotografías de V. Barberá Masip.)

en andas y detrás de ella iban el obispo de Tortosa, los arzobispos de Valencia y Sevilla y los obispos de Jaén y Ciudad Real.

La población se hallaba vistosamente engalanada; habíanse levantado en ella quince arcos de triunfo, entre los que llamaban principalmente la atención uno de flores construido á la entrada de la ciudad y los cuatro de la plaza de la Constitución.

y los señores Comas, Baixeras, Masferrer y Samsó.

En el Parque, los ciclistas dieron varias vueltas y luego se procedió al sorteo de un objeto de arte ofrecido por el Sport Mataronés y se efectuó una suelta de palomas mensajeras.

Terminada la suelta, se firmó un álbum que los ciclistas catalanes regalaron al Sport Mataronés y se dió por disuelta la comitiva.—S.



Barcelona.—Excursión ciclista á Mataró. Salida de los ciclistas del Salón de San Juan. (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)



La Haya.—El presidente de la República Francesa, acompañado de la reina Guillermina y del rey consorte, dirigiéndose al palacio real (De fotografía de Carlos Trampus.)

EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA FRANCESA EN HOLANDA

El Sr. Fallieres ha hecho recientemente una visita á la reina Guillermina de Holanda. A bordo del acorazado *Edgar-Quinet*, al que daban escolta el crucero *Marseillaise* y los contratorpederos *Branle-Bas* y *Glaive*, salió de Dunkerque el día 3 de este mes, llegando al siguiente á Amsterdam, en donde le esperaban la reina Guillermina y su esposo el príncipe Enrique. Entre las aclamaciones de la multitud, dirigiéronse el presidente y los reyes al palacio real. Después de la recepción diplomática, efectuóse el banquete de gala, á cuyo final pronunciaron afectuosos brindis la reina y el presidente.

El día 5, el Sr. Fallieres visitó, en compañía del príncipe Enrique, el Museo del Estado, y á las once el presidente y sus augustos huéspedes partieron para La Haya, cuya población hizo también un entusiasta recibimiento al ilustre visitante. Un almuerzo íntimo ofrecido por la reina Guillermina, una excursión á Scheveninge, una recepción de los individuos de la colonia francesa y un suntuoso banquete, fueron los festejos de aquella jornada.

A las once de la noche, los reyes y el presidente salieron para Amsterdam.

Al día siguiente, el Sr. Fallieres visitó á la reina madre y ofreció un almuerzo á la familia real holandesa á bordo del *Edgar-Quinet*; por la tarde asistió á un te que en su obsequio y en el de los marinos franceses dió la oficialidad del buque de guerra holandés *Heemskerck*.

Poco después despedíase el presidente de los reyes y la escuadra francesa zarpaba con rumbo á Dunkerque.

número 1.539 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. De los cuarenta aviadores que el día 18 de junio salieron del aeródromo de Vincennes, sólo ocho terminaron la carrera; los demás habían ido abandonando sucesivamente la lucha, algunos de ellos casi en el último momento y casi todos por averías de los aparatos.

No disponiendo de espacio para referir los pormenores del concurso, nos limitaremos á dar cuenta de las clasificaciones general y por etapas.

La clasificación general ha dado el resultado siguiente: Beaumont (monoplano Bleriot), 58 horas, 38 segundos; Garros (monoplano Bleriot), 62 horas, 17 minutos, 16 segundos; Vidart (monoplano Deperdussin), 72 horas, 32 minutos, 57 segundos; Vedrines (monoplano Morane), 85 horas, 34 minutos, 3 segundos; Gibert (monoplano Rep.), 89 horas, 42 minutos, 34 segundos; Kimmerling (monoplano Sommer), 93 horas, 10 minutos, 24 segundos; Renaux (biplano Farman), 110 horas, 44 minutos, 5 segundos; y Barra (biplano Farman), 206 horas, 2 segundos.

Las etapas han sido ganadas: la primera y la décima, por Vidart; la segunda, quinta, sexta, séptima, octava y novena, por Vedrines; la tercera, por Gibert; y la cuarta, por Beaumont, habiendo percibido Beaumont 161.600 francos, Vidart 64.300, Garros (segundo de la clasificación general) 56.000, Vedrines 52.000 y Gibert 34.000.—R.



París.—El aviador Beaumont, clasificado el primero en el Circuito europeo, á su llegada al aeródromo de Vincennes. (De fotografía de Branger.)

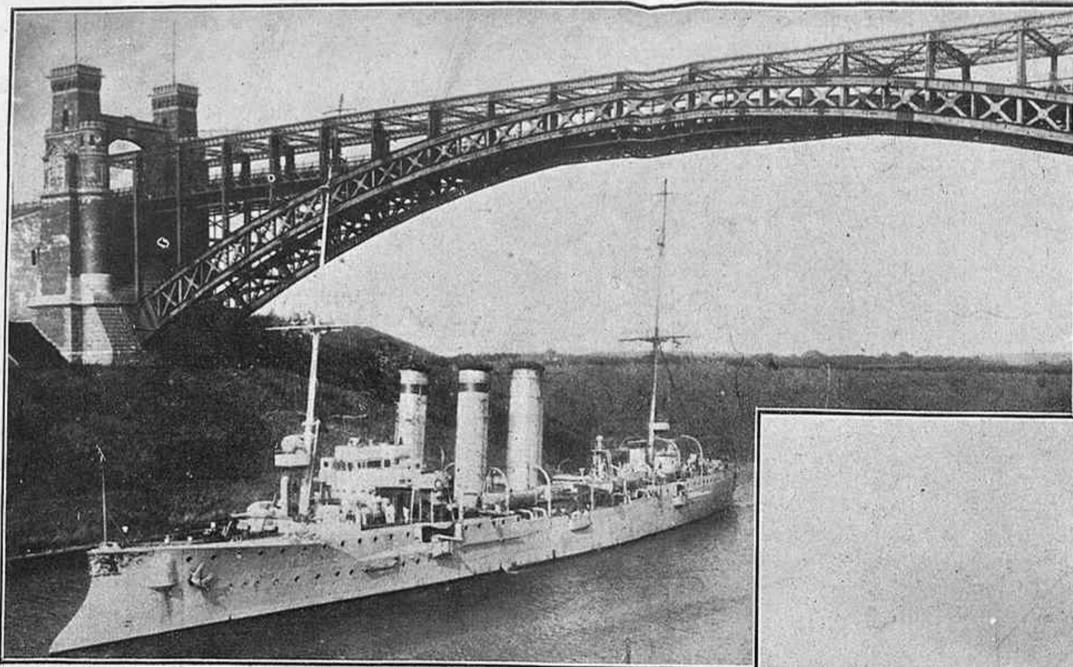
DE AVIACIÓN.—EL CIRCUITO EUROPEO

El día 7 de este mes terminó el concurso del Circuito europeo de cuyo comienzo dimos noticia en el

bert; y la cuarta, por Beaumont, habiendo percibido Beaumont 161.600 francos, Vidart 64.300, Garros (segundo de la clasificación general) 56.000, Vedrines 52.000 y Gibert 34.000.—R.



SACRIFICIO A LA DIOSA DEL AMOR, CUADRO DE C. ZECCHI, grabado por Bong



Marruecos.—Los alemanes en Agadir
El crucero «Berlin» actualmente fondeado en Agadir

DE MARRUECOS.—LOS ALEMANES EN AGADIR.

Desde hace días, la prensa de todo el mundo se ocupa minuciosamente en el incidente de Agadir; no es, pues, necesario que lo refiramos con todos sus pormenores, y bastará para

luego por el crucero *Berlin*.

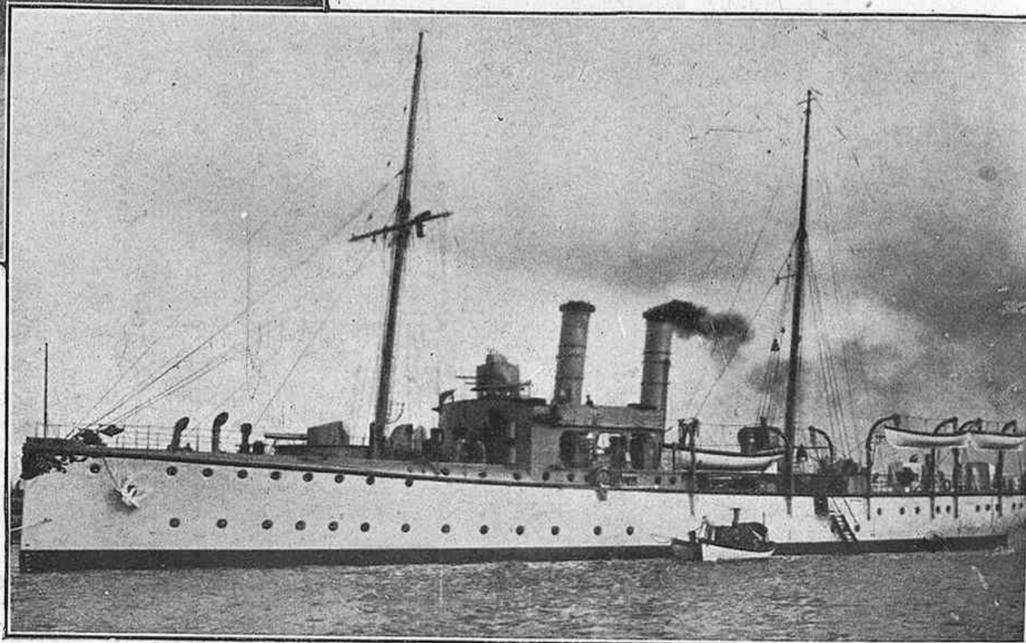
Este hecho, que puede ser de trascendencia suma para la política internacional, ha causado gran sensación en todas las cancillerías y más que en ninguna otra, como es de suponer, en la francesa. Francia, en estos últimos tiempos, había tomado nuevas é importantes posiciones en el territorio marroquí y, no contenta con esto, se proponía impedir, más ó menos directamente, que España, en uso de un derecho perfectísimo, realizara algunos avances para proteger sus posesiones en la costa occidental de Marruecos. La prensa francesa empleaba, al ocuparse en este asunto, un lenguaje sumamente agresivo para los españoles y la política de la vecina República parecía tender á coartar nuestra acción. Francia lo quería todo para ella y no podía tolerar que España quisiera también tener algo.

Pero cuando menos se esperaba, Alemania, invocando la misma razón que tantas veces invocaron los franceses, ha querido intervenir también en el problema marroquí y ahora Francia ya no ha de habérselas sólo con nosotros, sino con su tradicional adversaria. La intervención alemana ha hecho variar en absoluto los términos de aquel problema que la diplo-

macia se encargará seguramente de solucionar. Por de pronto ha empezado la conversación entre Alemania y Francia; pero bien puede afirmarse que no tardarán en pedir la palabra otras potencias y quién sabe si de estas conversaciones saldrá una solución definitiva que ponga un límite á la ambición francesa y resuelva de una vez las enojosas cuestiones á que desde tiempo inmemorial da origen la excepcional situación del imperio mogrebíta.

FÉLIX MOTTL

A la edad de cincuenta y cinco años ha fallecido en Munich este eminente director de orquesta, uno de los que de mayor y más justa fama gozaban en el mundo musical. Había nacido en Unter-Saint-Veit, población cercana á Viena, y hecho sus estudios musicales en el Conservatorio de la capital austriaca. En 1876 Wágner le escogió para cooperar á la primera representación de la *Tetralogía* en Bayreuth y



El cañonero alemán «Panther» que primeramente fondeó en Agadir
(De fotografías de Carlos Delius.)



El eminente director de orquesta alemán Félix Mottl, fallecido en Munich el día 2 del actual. (De fotografía.)

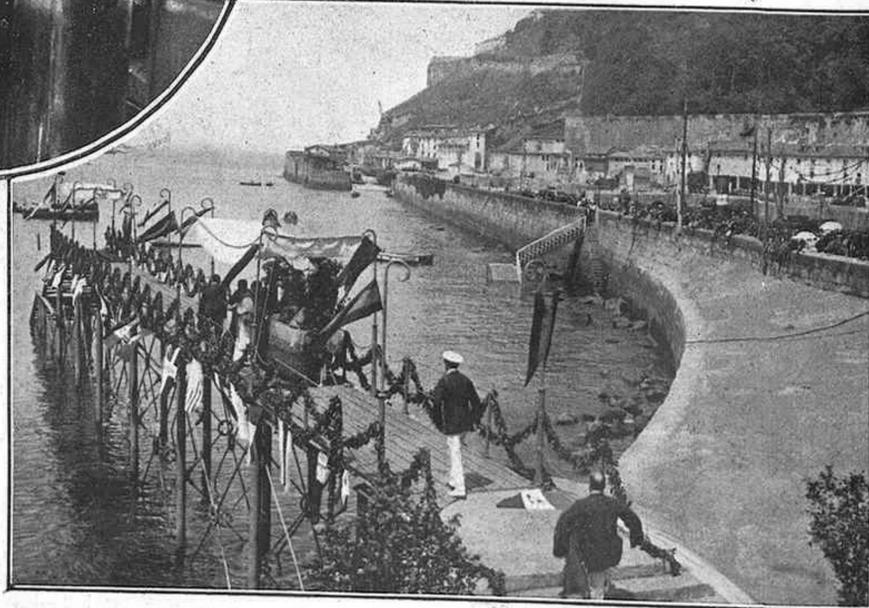
nuestro objeto de dejar consignada en las páginas de esta revista la nota gráfica de tal suceso, decir que Alemania, á pretexto de defender las personas y los bienes de sus súbditos, envió á aquel puerto el cañonero *Panther*, substituyéndolo

desde entonces fué considerado como uno de los más notables intérpretes de las obras wagnerianas. Desde 1881 hasta 1903 fué director de orquesta y director general de música del teatro de la Corte de Carlsruhe, lo que no le impidió tomar parte en muchos de los ciclos wagnerianos de Bayreuth y dirigir conciertos en las principales capitales de Europa. Después de un año de permanencia en América, púsose al frente de la orquesta del teatro de la Corte de Munich, del que en 1908 fué nombrado director.

Mottl era un temperamento apasionado que se manifestaba en todo su vigor cuando interpretaba á Wágner, á Listz y á Berlioz, y que daba una expresión especial, cautivadora, enteramente nueva, á las obras de los clásicos como Bach, Beethoven y Mozart. Era un protector de los músicos jóvenes; pero también rendía culto al pasado y gracias á él, en los teatros que dirigió, fueron sacadas del olvido óperas de Gretry, Dalayrac, Cherubini, Weber, Donizetti, Cornelius y otros.

SAN SEBASTIÁN.—HOMENAJE Á LAS REINAS

La fiesta que, en homenaje á las reinas y organizada por el Club Náutico se celebró el día 9 en San Sebastián, fué brillantísimo. Plantas y flores cubrían materialmente la terraza del club y el embarcadero, al extremo del cual habíase levantado un altar. Poco antes de las once llegó el rey, quien se embarcó en el balandro *Hispania*, y momentos después la reina doña María Cristina. Acto seguido comenzó la misa, durante la cual el Orfeón Donostiarra cantó varias composiciones religiosas. Los balandros, en número de cuarenta, se situaron en filas, dando frente al altar, en la bahía, que presentaba magnífico aspecto. Terminada la misa, los balandros desfilaron por delante de la terraza en donde estaba la reina, á la que vitorearon los balandristas y en primer término el rey.



San Sebastián. Homenaje á las reinas dispuesto por el Club Náutico.—S. M. la reina Doña María Cristina oyendo la misa
Aspecto de la bahía durante la misa.—S. M. el rey D. Alfonso XIII dirigiéndose al balandro «Hispania.» (De fotografías de Frederic.)

JUSTICIA HUMANA (LE GLAIVE ET LE BANDEAU)

NOVELA ORIGINAL DE EDUARDO ROD.—ILUSTRADA POR SIMONT. (CONTINUACIÓN.)

Chaussy, lívido de estupor, dirigía miradas fulminantes á aquella testigo intempestiva, que amenazaba arrancarle su presa; Entraque estaba con los brazos separados del cuerpo y las manos hacia delante, como petrificado; como se encontraba delante de Aurora Winckelmatten, ésta, para ver, se inclinaba por encima del hombro de uno de sus colegas; Rutor había agitado locamente sus mangas encarnadas con su gesto habitual; la sorpresa hacía abrir á Marnex una boca estúpida, mientras que Renata crispaba sus manos sobre las de Pablo y Rolando; se oía la fuerte respiración del grueso Crevolá. En los últimos bancos del público, las cabezas se adelantaban, la atención contraía las facciones, desentrecaba los ojos ó las bocas, hacía jadear los pechos. El señor Motiers de Fraisse anunció que la señora de Entraque sería oída á título de información, sin prestar juramento.

—Pues bien, señora, diga usted lo que tiene que decir.

La condesa tenía esa tranquilidad que habla en el sentimiento de un absoluto sacrificio de sí mismo, el que ya nada tiene que perder, después de haberlo dado todo. Se asió á la barra con ambas manos, y empezó con una voz que se oyó de todos los ámbitos de la sala:

—La declaración de mi marido es falsa de un extremo al otro... Ayer le supliqué que volviese á decir la verdad... No quiso... Me dijo que no quería... Se venga así del Sr. Lermantes, porque...

Hizo una breve pausa, y acabó crudamente su frase, pues le repugnó añadir una hipocresía de palabras á la de su largo silencio, horrorizada de una reticencia que hubiese dejado la sombra de una duda, ó —¿quién sabe?— por temor de una atenuación de la cual hubiera podido deducirse que había perdido el orgullo de su amor:

—... porque el Sr. Lermantes es mi amante.

Esto dicho, calló: se prolongaba el silencio y todo el mundo esperaba algo más. El presidente preguntó:

—¿Es todo lo que tiene usted que decir, señora? Ella añadió:

—Debo añadir que el Sr. de Entraque se enteró de todo en la noche del 10 de septiembre, arrancándome las cartas que yo quemaba...

Otra pausa. Luego, á una mirada del presidente, Rutor hizo seña de que no dirigiría ninguna pregunta. Brevine dijo solamente:

—Sabemos lo que nos interesaba saber.

—Puede usted volver á su puesto, señora, pronunció el Sr. Motiers de Fraisse.

La señora de Entraque se volvió y ante aquellas cabezas alargadas, aquellas miradas fijas en ella, aquel gentío de pie y tumultuoso, el ujier que se acercaba para acompañarla, su marido, allí cerca, descompuesto, y Lermantes, Lermantes que no la miraba, Lermantes á quien acababa de salvar y que sollozaba con la cabeza entre las manos, todo aquello se confundió en un vértigo; sus fuerzas la abandonaron, y hubiera caído, si Aurora Winckelmatten no se hubiese apresurado á acogerla en su asiento, haciéndole respirar esencias. La voz de Brevine dominó el tumulto pronto á desencadenarse.

—¿Entraque, interpeló imperiosamente; si persiste usted todavía, voy á pedir su detención por falso testimonio!

El hombre, alocado, balbuceó:

—Yo había dicho la verdad la..., la primera vez...

Dos ó tres preguntas acabaron de ponerlo en derrota: lo reconoció todo; en medio de un estremecimiento de indignación. A pesar de mostrarse tan respetuosa de las leyes y de las conveniencias sociales; cuando se halla aglomerada, la muchedumbre parecía dispuesta á desencadenarse contra él. Duras frases le herían como latigazos:

—¡Eso es más cobarde que el vitriolo!, dijo Lola Mantilla.

Y Pepinet:

—Un *minotaurizado* odioso. El caso es nuevo.

Rutor se levantó, vuelto hacia el tribunal. Sin que se le oyese de la sala, declaró que aquel incidente le obligaba á concentrar sus ideas, y rogó que la audiencia se suspendiese hasta el día siguiente. Así lo pronunció el presidente en medio del tumulto. Perrón alzó la vista hacia la tribuna y su mirada se encontró

con la de la baronesa Khârv, que le sonreía con gesto de aplaudir. Chaussy echaba pestes en medio de los periodistas. Daissey Tyndall, entusiasmada clamaba que la vida es espléndida. Monjorat hacía coró. Muchos se marchaban sin decir nada, con un nudo en la garganta, trastornada la cabeza, como después de una emoción demasiado fuerte.

Mientras la sala acababa de vaciarse, dos detonaciones sacudieron el Palacio de Justicia. Hubo carreras, gritos y tumulto: el Sr. de Entraque acababa de vengarse.

XX

La audiencia no había durado media hora. Espectadores y profesionales se encontraban, pues, libres á las primeras horas de la tarde. Un sol radiante arrasaba en el espacio sus ondas de luz. Era el mismo que calentaba atrozmente la sala del tribunal; pero un vientecillo ligero, que soplabá de la parte de los bosques, temperaba agradablemente el calor. Aquel aire, aquel sol, la necesidad de prolongar la emoción discutiéndole, ó de calmarla con el paseo, llevaron algunos grupos al hermoso parque que dibujó antaño el maestro de los árboles y de las aguas.

La baronesa Khârv no había perdido nada del espectáculo: arrastrando en pos de sí á la señora de Nudrit que gritaba, se había abierto paso entre el gentío, había visto á los gendarmes llevarse al asesino, á varias mujeres rodear á la víctima, al doctor Buthier acudir para asistirle, mientras se cruzaban preguntas y respuestas sobre su cuerpo ensangrentado:

—¿Está muerta?— ¡No!— ¡Sí!— ¡De todas maneras no parece que pueda salvarse!..

Después que se hubieron llevado el cuerpo de la condesa, madama Khârv condujo al tranvía de Chesnage á su compañera que se dejó empujar dentro de él; y encontróse luego, delante de la prefectura, cara á cara con el Sr. Perrón. Disimuladamente, el joven magistrado no la había perdido de vista, y eligió aquel momento para acercarse á ella:

—Y bien, señora, ¿qué dice usted de eso?

—¡Espantoso..., terrible!.. ¿Sucede así á menudo en vuestra audiencia?

—¡Oh, no! Ordinariamente las cosas pasan de un modo muy sencillo, al menos en la apariencia; pero el fondo, siempre es trágico.

—¡Tuve miedo, me sentí mal, pasé por toda la gama de las emociones!.. ¡Ese hombre horrible!.. ¿Qué le había dicho yo á usted de él?.. ¡Y un calor en la sala!.. ¡Un calor!.. ¡Mi pobre cabeza no podía más!.. Me parece que toda mi vida veré aquel charco de sangre.

—¿Quiere usted dar un paseo por el parque á fin de reponerse?.. Nada mejor que una vueltecita después de esas emociones.

La baronesa aceptó, y ambos se dirigieron hacia el palacio por la ancha avenida de París, que continuaba hasta la línea de bosque del horizonte. De vez en cuando, madama Khârv se pasaba la mano por los ojos, exclamando:

—¡Pobre mujer!.. ¡Dios mío!.. ¡Pobre mujer!

La horrible visión la perseguía. A fin de arrancarla á aquella especie de pesadilla, Perrón, al atravesar el patio de honor para salir á la terraza, se puso á contarle la historia del soberbio edificio. Ella escuchaba con curiosidad, aunque con frecuentes distracciones haciendo preguntas sin aguardar las respuestas, mezclando las épocas, confundiendo los hechos y los nombres. Él rectificaba con un poco de pedantismo, saboreando, después de las terribles escenas de la audiencia, la dulzura de aquella hora amable, que se embellecía dentro del cuadro panorámico, suntuoso y risueño, hasta que un gesto ó un suspiro le advertía de pronto que el espíritu de su compañera estaba en otra parte. En lo alto de la escalinata de Latone, se detuvieron para abarcar con la vista los estanques noblemente dibujados, el césped de la alfombra verde, los tupidos bosquecillos, el agua obscura del canal; y, más allá, en último término, la campiña naciente, los dorados campos, el horizonte libre. Ante aquel paisaje en que el talento del hombre ha sabido combinar tanta hermosura con la naturaleza, no sabe uno si pensar en el rey-sol, que concibió la

idea de aquella magnífica residencia, ó en el sol-rey, que fecundo, conserva y transforma magníficamente, de siglo en siglo, los dibujos de Lenôtre en un bosque encantado y lleno de vida.

—¿Es un parque?.. ¿Son verdaderos bosques?.. preguntó la joven baronesa, emocionada por tanta hermosura.

Contestaban los *parterres* de flores, los tejos recortados y dispuestos en cuadros llenos de césped, los naranjos de redonda copa en sus cajones pintados, y todas aquellas flores engarzadas como joyas en sus monturas de boj verde y de follajes oscuros.

—¡Oh!, es un parque, dijo Perrón. Antiguamente estaba mejor habitado.

Señalaba á los niños que jugaban en los tres bolillos, á las niñas y nodrizas instaladas en los céspedes, una boda endomingada que mataba el tiempo en torno de los estanques. En medio de aquella gente del pueblo desgarrada, surgieron en torno de ellos las sombras de las bellas favoritas, de los señores de peluca, de los mariscales galantes, los brillantes oficiales de caballería ligera. ¡Qué de belleza, qué de elegancia, qué de amor pasaron por estas calles de árboles! Y Perrón se puso á recitar, con su voz algo pastosa, unos versos antiguos sobre *Los tres escalones de mármol rosado*.

Los versos, insignificantes, caían cabrilleando, como el agua en los pilones. Mas Perrón alargó la cita haciendo alarde de su admirable memoria; y la baronesita, que no gustaba de escuchar, le interrumpió bruscamente:

—¿Sabe usted?.. Yo estoy contentísima de que la presa se les escapó á ustedes. ¡Sí, contentísima!.. ¡Yo hubiera aplaudido, si su presidente no me diera tanto miedo!

Perrón se quedó con la boca abierta. Las duquesas y los señores de los versos que recitaba se disiparon como una bandada de pájaros. La realidad reclamó sus derechos.

—¡Espere usted!, replicó con un asomo de acritud. Esta causa es fecunda en sorpresas. Quizá aun falta alguna...

Y, volviendo la espalda al paisaje, condujo á su compañera hacia los bosquecillos de Apolo, á lo largo de los conos y pirámides de los cuadros de arbustos.

—Sí, sí, exclamó ella, se acabó... ¡Me lo dice el corazón!.. ¿Sabe usted?.. ¡A mí el corazón me dice de antemano muchas cosas!.. ¡Demasiado se ha visto que es inocente!

—¡He ahí el resultado de semejantes incidentes!, exclamó Perrón. No prueban nada, pero impresionan á todo el mundo. Y la absolucón no falla... ¡Ah, ese jurado! ¡Si usted supiera, señora, hasta qué punto el jurado es incoherente, imprevisto, caprichoso!.. ¡Qué institución, Dios mío!, ¡qué institución!..

En aquel momento, Avoise y Choffart, que subían por la alameda del Estío, se cruzaron con ellos sin verlos, absorbidos en su discusión; y Perrón cogió al paso estas palabras de Avoise:

—... ¡Institución funesta, como todas las que la democracia nos impone!

—Apostaría á que también hablan del jurado, repuso. A cada causa algo difícil, se patentiza su imperfección; pero nadie se atreve á tocarlo... Se lo digo á usted en confianza; si me oyese, perjudicaría á mi carrera.

Después de haber entrado en el bosquecillo por la puerta de abajo, subieron por una alameda desierta. Las ramas de los árboles formaban una bóveda de follaje, en que el verde de los retoños variaba los frescos matices. Los bancos estaban desiertos. Lejana gritería de niños rompía el silencio.

—Pues bien, contestó madama Khârv, el jurado esta vez tendrá razón. Usted ve las cosas á través de los anteojos de su profesión. ¡Culpables en todas partes! Sí, todo lo ven ustedes negro, como sus togas. Si Lermantes fuese un asesino, esa mujer no le amaría así.

—¡Ah, ése sí que es un argumento femenino!.. ¿Qué va á ser de la sociedad el día que esas señoras formen también parte del jurado?.. ¡Al menor soplo de amor que corra sobre un acusado, inocente! Ya las absoluciones son diez veces más numerosas de lo que debieran ser para la seguridad de todos... Los

malhechores más terribles tienen, al menos, una probabilidad de escapar. Y lo saben bien, los miserables; por eso nos degüellan con tanta facilidad. Y ustedes, las almas sensibles, nunca se apiadan sino de los asesinos. ¿Por qué no piensan alguna vez en las víctimas?

Se les apareció la gruta con su gracia un poco ridícula, con el dios, las musas, los caballos, los tritones, todos blancos, bonitos, visión de mal gusto con sus asomos de romanticismo, pedazo del Olimpo recortado para regocijo de los lectores de Florián. Madama Khârv dió palmadas de admiración:

—¡Oh, encantador!., ¡delicioso!., ¡divino!.

Sentáronse sobre una roca musgosa, delante del estanque lleno de nenúfares y otras plantas acuáticas, Perrón quiso hablar de mitología: Apolo, el dios de las artes, el dios sabio, el dios perfectamente hermoso, así servido por... Esta vez no fué menos afortunado que con los versos de antes; su compañera le cortó la palabra para volver á Lermantes:

—¡Cómo es preciso que le ame, esa mujer, para haber venido así, delante de todos aquellos hombres..., á decir lo que ha dicho!.. No estaba asustada, no le daba vergüenza, no bajaba los ojos... ¡Oh, qué valor, caballero!.. Yo, en su lugar, ¡oh, cómo hubiera temblado!.. Pero hubiera hecho lo mismo que ella, ¿sabe usted?

—Pero tardó demasiado, replicó Perrón... Si su marido mentía, si lo sabía ella y podía probarlo, ¿por qué no lo dijo antes?.. ¿En la instrucción, por ejemplo?.. Hubiera habido menos escándalo, sin tiros de revólver... Y la cosa hubiera terminado con un pequeño divorcio.

Lo rastreado de este razonamiento mortificó á la señora de Khârv.

—¡Oh, la cosa no era tan fácil!, exclamó ella. Nosotras, las mujeres, no sabemos nunca cómo hacer, cuando nos encontramos mezcladas en esos asuntos de los hombres. Además, somos ligeras. Pensamos que la cosa se arreglará. ¿Qué quiere usted? Somos así. Esta dama se dijo: «Verán bien que es inocente; ahí está para eso el tribunal.» Y después ha visto que nadie veía nada...

En seguida rectificó su expresión con un poco de malicia:

—Que *ustedes* no veían nada, ustedes, los jueces, y que le iban á condenar... Entonces pensaría: «Están ahora obcecados, sólo yo puedo salvarle.» Y se presentó, y habló resueltamente... ¿Sabe usted?.. En la instrucción, como usted dice, quizá no hubieran hecho caso... Y el juez no hubiera puesto á Lermantes en libertad... Y hubiera habido toda clase de formalidades y de interrogatorios... Mientras que aquí, ante el tribunal y el público, ¡bum!, un cañonazo. Todo el mundo oye, todo el mundo comprende, y no hay medio de tergiversar...

Sorprendióle al magistrado la exactitud de esta observación. «La muchedumbre es femenina, pensó, y las mujeres la conocen mejor que nosotros.»

—Es verdad, dijo; en la instrucción la desmentida hubiera producido menos efecto... Todo eso estaba combinado con Brevine... Ese demonio de hombre conoce todos los resortes.

Esta hipótesis, que rebajaba á la señora de Entraque, ofendió aun más á la baronesa, que exclamó:

—¡Oh, caballero, caballero! ¿Cómo puede usted decir semejante cosa?.. Sin embargo, no parece usted malo, cuando no está metido en su toga... ¿No comprende usted lo que es una mujer que ama? Se hallaba sacudida como en una tempestad, todos sus sentimientos iban mezclados, no sabía lo que se hacía, ya no podía reflexionar, ni pensar siquiera. No comprendía sino que su amigo estaba preso y que ustedes querían condenarlo á muerte, y que ella no le volvería á ver nunca más... Entonces atropelló por todo y se presentó á declarar la verdad. Ni más ni menos.

—Sin embargo, ha sido preciso que se entendiese con Brevine, ¿no es cierto?, replicó Perrón. La manera con que Brevine interrogó á Entraque prueba hasta la evidencia que estaba de acuerdo con ella... Por esto dije á usted que todo estaba combinado.

Madama Khârv se levantó, agitada, vehemente:

—¡Calle usted!.. ¡Va usted á hacerme creer que no tiene conocimiento del amor!.. ¡No, sin duda, usted no sabe lo que es amar! No es usted como Lermantes. Le prendieron y nada dijo... Registraron sus papeles y no encontraron nada... Aunque le hubieran puesto sobre las parrillas, no hubiese abierto la boca... ¡Vida, honor, todo lo daba!.. ¡Sí, todo lo daba por ella!.. ¡Y luego dicen ustedes que no es un hombre honrado!.. ¡Pues yo digo que es más que eso; y todas las mujeres dirán lo mismo que yo!

Golpeó con la punta de su sombrilla la piedra en que Perrón estaba sentado, mirándole bien de frente, con sus ojos verdes en que había entusiasmo, ternu-

ra y cólera, un mundo de sentimientos extremos, casi salvajes, que los atravesaban dándoles reflejos luminosos y profundos. Él se levantó, capitulando:

—Quizá tenga usted razón, señora. Nosotros, los hombres, juzgamos con el cerebro. Cuestión de costumbre. Las mujeres juzgan con esas razones del corazón que la razón no entiende, como dijo Pascal. Quizá son las mejores.

—¿Quizá?.. ¡No, señor! ¡Diga usted que ciertamente!

Subieron las rocas en silencio. Arriba, Perrón observó que la imitación alpestre estaba muy bien hecha. La baronesa no contestó. Salieron del bosquecillo por la alameda de las Tres Fuentes, pero madama Khârv se detuvo de pronto, preguntando con voz alterada:

—Caballero ¿cree usted que ella morirá?

—¿Cómo voy á saberlo, señora? Oí decir al médico que las heridas parecen graves. Es todo lo que sé. Ella había perdido el conocimiento. Si usted quiere, mañana le daré noticias.

La baronesa dió algunos pasos sin contestar; luego se detuvo de nuevo y dijo, poniendo la mano sobre el brazo de su compañero:

—¡Qué feliz si muere!.. Ha salvado al hombre á quien ama... ¿Qué haría después en la tierra, donde todo es tan feo?.. El divorcio, un proceso con su marido, los malos amotinados contra ella... Además, la edad que avanza, el amor que huye... ¡Ah, qué feliz es!.. No, no, no la compadezco. Es más digna de envidia que de lástima. Solamente, yo quisiera que pudiese volverle á ver... Volverle á ver y cerrar los ojos para siempre... Es cuanto le deseo.

—Es usted un poco romántica, señora... ¡Oh, no se lo reprocho, al contrario; es encantador!.. Lo más probable, sin embargo, es que cure. Se absolverá al amigo de usted y ambos se irán á viajar juntos, durante algunos meses... Después se cansarán el uno del otro... Pero, al fin y al cabo, habrán tenido momentos felices.

Desembocaron en el ángulo del estanque de Neptuno, cuya agua rutilaba en plena luz. Sus intermediaciones se hallan siempre animadas. Había un grupo que hablaba á voces: Chaussy, Valéns, Alina y Lola. Los dos hombres marchaban delante; Chaussy excitado, gesticulaba, hablando acaloradamente; Valéns, impasible, con las manos en la espalda, se sonreía con una sonrisa socarrona de viejo fauno. Hablaban sin ocuparse de sus compañeras. Estas los seguían á corta distancia. Se desinteresaban de la conversación, pues sus emociones nunca duraban mucho tiempo. La había emocionado mucho la declaración de la señora de Entraque, y Lola hasta había derramado dos ó tres lágrimas; luego se habían precipitado á los disparos del marido, á pesar de sus compañeros que querían alejarlas; ambas mezclaron sus exclamaciones con los gritos de la muchedumbre; Alina estuvo á punto de desmayarse á causa de la sangre cuya vista no podía soportar; el olor las persiguió al menos durante diez minutos; después la impresión se evaporó. Ahora criticaban los trajes vistos en la sala. De vez en cuando una frase grosera de Chaussy les hacía prestar oído: «¿Por qué ese... de presidente dejó hablar á esa...? Sus facultades discretionales ¿le obligaban á decir *amén* á todo lo que reclaman esos farsantes de abogados que harían creer que lo blanco es negro?.. ¡Había que hacer callar á la..., ó procesarla por ultraje á la moral!.. Porque ¿es lícito presentar tales desnudeces en público?..»

Al pasar por su lado, la señora de Khârv cogió al vuelo algunas de aquellas frases. Indignada, habló de sacarle los ojos con su sombrilla. Pero el grupo empezó á subir el valle de Aguas, y Perrón la apaciguó. Aquellas inactivas sublevaban también á las dos mujeres, que se paseaban para darse tranquilamente algún glacer y no para oír gritos de furor. Alina acabó por agarrarse al brazo de Chaussy, diciendo:

—Pero hombre ¿te callarás? ¡Mira que estás llamando la atención sobre nosotras! ¿No ves que somos la burla de las gentes?.. ¡Además, ya estoy harta de ese proceso!.. ¿Que lo van á absolver? ¡Mejor que mejor!.. Ya encontrarás otras materias para tus artículos.

Chaussy gruñó que las mujeres no entienden nada de nada; pero su cólera se disipó. Desgraciadamente, al desembocar en lo alto de la alameda, Charreire y Lavenne pasaban juntos, por el otro lado de la cascada. Chaussy volvió á ponerse furioso:

—Algún día ese cretino caerá bajo mi zarpa, gritó designando á Charreire. Y yo le aseguro á ustedes que saldrá mal parado. ¡No te regodees tanto, hombre! ¡Me vas á pagar tu declaración de ayer!

Entonces, Valéns se puso á excitarlo hablándole de la gran reputación universal de Charreire: los críticos de todos los países saludaban en él al sucesor de Taine y de Renán...; renovaba el estudio de uno

de los períodos más apasionantes de la historia...; en todas partes se elogiaba la amplitud de su información, el vigor de su pensamiento, su estilo...

Chaussy le interrumpió con una palabra grosera, que repitió diez veces seguidas. A su paso, tres chiquillos interrumpieron sus juegos para escuchar con regocijo aquel caballero que hablaba como un carretero.

Sin sospechar la cólera que su paso suscitara, Charreire y Lavenne bajaban la alameda de Ceres, que dejaron pronto para tomar uno de los senderos que se abren en el bosquecillo de la Estrella, en que es más espesa la sombra. Nadie va allí á molestar en su quietud á los antiguos asientos de pies musgosos y cuerpos maltrechos que vegetan en sus zócalos deteriorados, en la húmeda soledad; apenas si algún grito infantil, partido de la plazuela inmediata ó de la verde alameda del Puente Pequeño, atravesando la cortina de árboles, vibra en el silencio. Los paseantes desdeñan aquellos bancos vetustos. El olvido se extiende bajo el ramaje de los copudos olmos. Por poco que se siga el camino que corta en círculo la espesura de grandes árboles se serpentea sin saber, en breve, si se va hacia el Norte ó hacia el Sur, hacia el porvenir ó hacia el pasado. Los dos hombres estaban emocionados, el uno por el corazón, porque se trataba de un amigo, y el otro por la inteligencia y porque poseía el sentido de la humanidad.

Charreire no había tenido nunca la menor duda sobre la inocencia de Lermantes; Lavenne no conservaba ya ninguna; y contemplaban en conjunto aquel vasto proceso complicado y trágico, como se consideraría un trozo de historia en que uno hubiese puesto parte de sí mismo. Charreire excelente lógico, se tranquilizaba sobre el desenlace enumerando las razones de un veredicto favorable; menos confiado, Lavenne dudaba del buen sentido y de la equidad de los hombres. Para él, aquellas tres emocionantes sesiones eran sobre todo «materia para literatura,» y su espíritu sagaz, pero cohibido por el hábito profesional, sacaba de ellas un sentido cruel, desdeñoso, humillante. Como Charreire acababa de bosquejar una excelente defensa, él le dijo:

—Sí, sin duda, tiene usted razón; pero la cuestión no es ésta. Los jurados son poco sensibles á la deducción, que usted maneja admirablemente. Son impulsivos, generalmente primarios, espíritus bastante simples, en suma, saturados de ideas preconcebidas. Es probable que el conjunto y el alcance del debate les escapen; para ellos, sin duda, todo gravita en torno del golpe de efecto teatral de hoy. ¿De qué manera los ha impresionado? Esto es lo que se necesitaría saber para pronosticar su veredicto.

—¿Por qué, replicó Charreire, no habíamos de juzgar su impresión por la nuestra, ó por la del público?.. Y ésta, bien lo hemos visto, es claramente favorable.

—¿Durará hasta mañana?.. ¿Resistirá á la reflexión? Fíjese usted bien: esa escena que tan profundamente nos impresionó, era una escena de amor. Pues bien, en la realidad, no hay nada tan mal comprendido como el amor. ¡Hay tantos seres que nunca han comprendido de él más que las funciones! ¡Para ellos es algo de vergonzoso y de absurdo, más divertido que impresionable: asunto de comedia! ¿Comprendemos los amores de nuestros amigos?.. ¡Jamás!.. Cuando acaban por ocasionar algún escándalo, los mejores sienten mucho más el ridículo que el dolor.

—Me parece, sin embargo, que esta tarde nos hemos estremecido hasta la médula de los huesos.

—Usted, yo, algunos imaginativos de nuestro temple.

—No, no, la sala entera, burgueses, militares, obreros... ¡La he sentido vibrar; y usted también, de seguro!

Lavenne se encogió de hombros:

—Porque hay una cabeza en peligro, dijo; la idea de la guillotina la pone siempre en ebullición. ¡En el fondo, son tigres; les gusta la sangre, y es la única ocasión en que se les da!.. Lermantes y la señora de Entraque les han parecido dos héroes de melodrama, desgraciados y sublimes; se han enternecido como en el teatro del Ambigu. Pero ¿y luego? Nada más fácil que transformar á esos héroes de un instante en una pareja páfida. Quizá la metamorfosis se realizará por sí misma, esta noche, en los cerebros medianos de los jurados, buenas personas, quiero darlo por sentado, llenos de excelentes intenciones, sentimentales si la ocasión se presenta, pero que juzgan por categorías, en masa. Además, van á ver á sus mujeres, á sus amigos, cuya opinión se forma por la lectura de las reseñas de los periódicos. Unos les dirán: «Ese hombre es un aventurero;» y otros: «¡Esa mujer es una descarada!..» No querrán dejarse engañar. Admitamos que su impresión favorable pase la noche: si Rutor sabe manejarlos mañana, no le será difícil hacerles cambiar de opinión.

Charreire pesó un instante, en su espíritu más preciso y más justo, aquellos argumentos de misántropo, y dijo:

—Yo tengo más confianza que usted. Tengo mejor opinión de esos doce hombres, honrados y rectos, que tienden los resortes de su inteligencia para comprender. Quizá tiene usted en demasiada estima á los intelectuales y no aprecia usted bastante á las gentes sencillas. ¡Estas no siempre saben razonar; pero tienen instinto: guía más seguro que la reflexión! ¡Su instinto les enseñará dónde está la verdad! Estoy seguro de que les reveló á ese horrible Entraque que sudaba mentira...

Esta vez, Lavenne se manifestó conforme:

—¡Esa es la mejor carta de nuestro juego!, exclamó. ¡Un testigo antipático de parte de la acusación, qué triunfo para la defensa! Pero, ¿quién sabe?... Dos ó tres de esos hombres son capaces de encontrar la venganza ingeniosa. ¿Y si son los más influyentes?

Charreire le miró con inquietud y sorpresa, pero sin contestar; ajustando sus pasos uno al del otro, en tanto que sus pensamientos divergían, continuaron así, durante un rato más por el curvo sendero. Luego lo dejaron para volver á salir á la ancha alameda herbosa del Puente Pequeño. Charreire dijo de pronto:

—¿El infeliz oyó los dos tiros?... ¿Sabe ya lo que ha costado su salvación?

Lavenne se estremeció largamente: recordó á la víctima tendida en el vestíbulo del Palacio, entre la muchedumbre curiosa; recordó la blancura y belleza de los hombros brutalmente descubiertos, la palidez del rostro bajo el velo rasgado, la mancha de sangre de la herida sobre el seno izquierdo, aquel desplome del cuerpo flexible, como descoyuntado, que la vida abandonaba ya, sin que la muerte le diese todavía rigidez; midió el amor que se cernía sobre el drama y lo había preparado de tan lejos—desde el tiempo en que los dos héroes vegetaban aún en los limbos del no ser—á través de los vínculos evocados por la quebrantada voz de Luisa Donnaz; y dijo:

—Conserve usted su amistad á ese pobre hombre: la libertad le será quizá más dura que la prisión, y á la que él amó, la vida le será más cruel que la muerte.

XXI

Rutor estaba muy acostumbrado á la palabra y desconfiaba de ella. Había basado todo su pedimento en el testimonio de Entraque; como esta base le había faltado de pronto, se encontró en la alternativa de abandonar la acusación ó de rehacer su discurso. No queriendo tomar apresuradamente una decisión, ni entregarse á los azares de una improvisación, había pedido que la sesión se suspendiera hasta el día siguiente. Sentía, sin embargo, que cuanto más reflexionase, más difícil le sería la elección: nuevos argumentos le traquetearían en ambos sentidos, y como no había ninguna probabilidad de que surgiera un hecho concluyente, recaería en sus dudas. La declaración del conde de Entraque era lo único que le había sacado de ellas, porque era también la única que ofrecía ese carácter concreto que se aproxima á la certeza. Pero se le había hundido, y ni un instante tuvo la tentación de sostenerla ó restaurarla con sofismas. Por otra parte, aquella intriga con la mujer de un amigo añadía un nuevo rasgo á los que afeaban á Lermantes. La prueba material del crimen desaparecía, pero el crimen resultaba aún más verosímil, á sus ojos al menos. Un moralista menos severo ó un psicólogo más sutil no hubieran sacado de aquella historia de amor conclusiones tan rigurosas. Pero Rutor era el hombre de los hechos: para él, los hechos tenían una significación tan precisa como los números.

En el caso presente, el hecho parecía tanto más probante, cuanto se sumaba á muchos otros, á la vez diferentes y similares, cuyo conjunto abrumaba á Lermantes. ¿No le habían visto ya hombre de negocios sin escrúpulos, especulador arriesgado, vividor de fácil moralidad? Y por añadidura se mostraba ahora felón; era el colmo... Capaz de tantas fechorías y vilezas, semejante hombre, apurado, puede serlo también de un crimen. De creerlo capaz á creerlo culpable, no había más que un paso fácil de dar: sentado el hecho, sólo faltaba determinar la intención.

El crimen aparecía como la resultante de una sucesión de flaquezas y de faltas; se produjo espontáneamente, quizá al momento de la ocasión, preparado por ese sordo trabajo tenebroso que, á veces, nos hace cometer nuestros actos aun antes de que nuestros espíritus hayan encontrado las fórmulas verbales que los clasifican.

Así razonando, Rutor borraba en él la fuerte impresión de las escenas de la tarde: encontróse, pues, en el mismo punto que antes de los debates, más hostil contra Lermantes, sin embargo; porque su lógica

se negaba á deducir de la indignidad del testigo la inocencia del acusado.

Estas ideas hervían en su espíritu y le oprimían. Queriendo ponerlas en orden y en claro por sus propias fuerzas, evitó el regresar á París, como la penúltima tarde, en compañía de Motiers de Fraisse, que hubiese ejercido sobre él más ó menos influencia.

Habiendo salido del Palacio cuando el gentío se agolpaba todavía en el vestíbulo, en torno de la sangre humeante de la señora de Entraque, atravesó la plaza de los Tribunales, en que se aglomeraban los curiosos de fuera, y subió á la imperial del tranvía del Louvre. Allí se absorbió tan completamente en sus pensamientos, que apenas vió desfilarse el paisaje de las inmediaciones de París, que se extendía á uno y otro lado de la polvorosa carretera: ventorrillos, tiendas, alcaldías, casuchas ruinosas, antiguos parques divididos en solares. Nada más difícil que pasar alternativas inconciliables, que parecen igualmente plausibles; nada más penoso que marchar por los caminos inciertos del raciocinio, en busca de una verdad concreta. Más de una vez, en el curso de su carrera, Rutor había reconocido cuán dudosos siguen siendo los métodos del derecho criminal: ¿no se ve obligado incesantemente á prescindir de pruebas, á reemplazarlas por un agrupamiento aventurado de coincidencias ó de presunciones, ó por la interpretación fatalmente arbitraria de hechos contingentes? ¿No se va de lo conocido á lo desconocido por las vías alternadas de la inducción y de la deducción—tan poco seguras y tan á menudo desmentidas por la realidad?—Ordinariamente, tomaba bastante pronto su resolución, confiando en la instrucción judicial que le preparaba su tarea, y en sus propias luces, secundado por la rutina de sus funciones, empujado por la urgencia de la labor cotidiana, que no hubiera podido cumplir si se hubiese detenido sobre la gravedad terrible de los menores casos sometidos á su examen: porque era preciso elegir entre las alternativas contrarias, pasar por alto las lagunas de la instrucción si las había, ir siempre adelante, en fin, para entregar al castigo otros y otros culpables; porque se hubiera detenido como una máquina descompuesta, si no hubiese hecho uso de ese «mecanismo» que es lo único que hace posibles las sentencias del juez como los diagnósticos del médico. Pero, esta vez, se trataba de determinar, más allá del hecho, una imponderable invención, y nunca había sentido con una angustia tan profunda la dificultad de su tarea.

La necesidad de cambiar de sitio es frecuente entre aquellos á quienes persigue una preocupación: en Sevres, Rutor bajo del tranvía para tomar un vaporcito que precisamente se acercaba, con su penacho de humo, por entre el verde y hermoso paisaje de bosque. Como la embarcación llevaba pocos pasajeros, el fiscal pudo instalarse cómodamente en cubierta, respiró á sus anchas al aire ligero, y después de explayar un momento el ánimo, volvió á encontrarse en lucha con su obsesión.

En vano procuraba condensar el esfuerzo de su pensamiento: éste se disipaba. Su cerebro trabajaba en el vacío, como una hélice fuera del agua, como las alas de un molino faltas de aire. Recordaba las palabras que acababa de oír en la audiencia: resonaban en su memoria como notas dislocadas que se desgranaban sin cohesión. Abrió su cartera, de la cual sacó la primera declaración de Entraque, y se puso á releerla. Incontestablemente favorable á Lermantes, se hallaba en flagrante contradicción con la segunda, ¿Pero qué... es que la segunda, lejos de restablecerla al hundirse, no la arrastraba al abismo de la nada?

Aquel testigo infiel manejaba los acontecimientos á medida de sus rencores ó de sus intereses: habiendo mentido para vengarse de un amigo traidor, también podía haber mentido para salvar al amigo que él creía útil, quizá con una segunda intención de las peores. De modo que, después de aquellas tres audiencias, el misterio subsistía, más angustioso desde la declaración de Luisa Donnaz. El veredicto no aclararía más que en apariencia, no en la verdad. El número de contestaciones afirmativas ó negativas determinaría la absolución ó la condena; pero ¿y luego?

Absuelto, Lermantes sería sospechoso, y nadie estaría nunca seguro de que una sombra criminal no hubiese atravesado su pensamiento, en el instante en que su dedo apretaba el gatillo de su escopeta. Condenado, conservaría sus partidarios, de los cuales unos le defenderían por convicción y caballerosidad y los otros por cálculo, á fin de sacar de su actitud algún provecho metálico ó de reputación. Y á él, sus funciones de fiscal le obligaban á arrastrar á los vacilantes, en un sentido si hablaba y en otro sentido si se abstenia de hablar. Y había que elegir, so pena de estancarse en la duda, no permitida al hombre de acción.

Cesó la campaña. Las márgenes del Sena se animaron. Varios pescadores contemplaban su corcho. Se hacían tomar baños á caballos y á perros lamentables. Pesadas máquinas, dragas ó grúas, trabajaban localmente. Rutor se dejó distraer por lo que veía, como por una sucesión de instantáneas. En el puente del Alma, un gentío parecía agarrado á los pilares como un enjambre de abejas, mientras una cuadrilla de salvamento sacaba un ahogado. La masa humana tenía interrumpido el tránsito de los tranvías, cuya fila se alargaba á uno y otro lado del puente. Aquello iba á durar unos cuantos minutos; los agentes de orden público despejarían las vías de tránsito, y la vida reanudaría su curso, excepto para el muerto, á quien se prodigarían tardíos é inútiles cuidados en la casa de socorro.

En el puente de la Concordia, otra distracción: un regimiento de coraceros desfilaba, á son de charanga, resplandeciente en la luz solar...

Al desembarcar en el pontón del Louvre, Rutor notó con sorpresa que ya no se acordaba de Lermantes. Pero el problema subsistía.

En el muelle, se pregonaaba un periódico con cabezales de gran tamaño que decían:

Proceso Lermantes.—Golpe de efecto teatral.—Absolución probable.

Rutor lo leyó. Reconoció algunas frases de los dos interrogatorios. Las palabras eran con poca diferencia las que acababa de oír, pero descoloridas. ¿Cómo le habían impresionado tan profundamente? En aquel papel, parecían sin fuerza, y no querían decir nada... Y ¿por qué: *Absolución probable!* ¿Con qué derecho aquel irresponsable presumía así el desenlace? ¿Bastaba un grito de mujer enamorada para destruir el cuidadoso trabajo del tribunal? Sin embargo, un suelto del periódico suscitaba otra cuestión: la del procesamiento de Entraque por falso testimonio. Rutor murmuró: «¡El miserable bien lo merecería!»

Leyendo, había llegado al Puente Nuevo, con intención de entrar en el Palacio de Justicia por la plaza Delfina. Pero cambió de idea y pasó á la margen izquierda del río. Al desembocar en el muelle de los Grandes Agustinos, tropezó con uno de sus colegas, M. Rábins, que le paró.

El Sr. Rábins era un hombre de unos cincuenta y cinco años, muy alto y tieso, que iba siempre de levita y guante gris. Su cabeza algo grande surgía de un cuello en forma de argolla que le obligaba á inclinarla hacia atrás. Su continente era rígido, como articulado. Llevaba siempre una pesada cartera, llena de expedientes. Apasionado por la profesión, pasaba por un magistrado de grande experiencia. No había causa un poco ruidosa que él no siguiera con suma atención, por amor al arte. Naturalmente, las seguía todas desde su punto de vista de acusador: así, un médico pesimista adivina gérmenes morbosos en todos los transeuntes que encuentra, un alienista intransigente observa síntomas de locura en los cerebros mejor equilibrados. El más ligero indicio, la menor palabra aducida por un testigo cualquiera, proporcionaban una base á sus terribles especulaciones. Para él, la maldad reinaba en todas partes; las personas más honradas no se hallaban separadas de ella más que por una ligera valla que caía al choque de la ocasión; el crimen estallaba á su hora, como una de esas enfermedades latentes que un accidente basta para desencadenar. Justamente, el Sr. Rábins llevaba en la mano el periódico que Rutor acababa de leer. Embarazado en sus movimientos por el peso de su cartera, levantó, sin embargo, el periódico desplegado, gritando:

—¡A juzgar por lo que aquí se dice, ya está usted divertido!

Rutor rectificó:

—Querrá usted decir que la cosa va á darme que roer.

—Lo mismo da. ¡No conozco nada más fastidioso que esos procesos en que los testigos le dan á uno mascada su tarea! Lo que apasiona en nuestro trabajo, es la reconstitución del crimen con datos inciertos, cuando la instrucción ha encontrado poca cosa. Escrutamos, analizamos, razonamos sobre todo. El núcleo primitivo aumenta, se cristaliza, se convierte en manantial de luz. La verdad brilla al fin. ¡Es un placer de artista: dificultad vencida!

—Por mi parte, confesó Rutor, prefiero estar mejor armado. Cuando hay confesiones, me alegro. En el fondo, no sé andar sino sobre un terreno firme; de lo contrario, temo equivocarme; ese miedo me embaraza y aniquila.

—¡Escrúpulo muy natural! Yo también me hallaría paralizado por semejante temor. Pero procuro no tenerlo nunca. Cuando se razona bien no hay error posible. Si mis razonamientos me persuaden de que el acusado es inocente, abandono la acusación.

(Se continuará.)

NOTAS DE LA AMÉRICA DEL NORTE.—LA INMIGRACIÓN. LA ISLA DE ELLIS

La isla de Ellis, el sitio en donde el gobierno norteamericano recibe la primera visita de los inmigrantes, la antesala, por decirlo así, de la tierra de promisión, es una isla situada en la bahía de Nueva York por la que forzosamente han de pasar todos los colonos que van a los Estados Unidos. En ella hay un gran edificio de ladrillo y hierro que, de lejos, tiene el aspecto de un casino y hacia el cual son conducidos desde el buque los inmigrantes para ser sometidos a varias formalidades e inspecciones.

El espectáculo que ofrece uno de estos desembarcos no puede ser más desconsolador. Atraca el buque y comienza el desfile:

gentes de todas naciones, jóvenes, viejos, niños, mujeres; hombres robustos, individuos abatidos por la desgracia, sonrientes unos, graves otros y todos cargados de paquetes mal atados, de cajones sin tapas, de baúles semiabiertos, de fardos, de cestas, de utensilios, de instrumentos de música.

Todo aquel conjunto de seres, que á veces se

dades, son interrogados en sus respectivos idiomas por varios inspectores acerca de su estado civil, de su pasado, de sus medios de vida, de sus relaciones

unirse con algún pariente; el nombre y la dirección de éste; si ha estado otra vez en los Estados Unidos; cuándo y en dónde; si ha estado en la cárcel ó en un asilo, si es polígamo, su estado de salud física y mental; si está lisiado ó es deforme y en caso afirmativo las causas de esta deformidad.

El inspector interroga á cada inmigrante sobre todos estos puntos para comprobar si sus declaraciones concuerdan con lo que consta en el expediente; si no hay discrepancia y el interrogado enseña las 150 pesetas fijadas como mínimo y paga los dos dólares que exige el gobierno, el individuo es admitido. Si no, tendrá que ser sometido á otro interro-

gatorio de la Comisión investigadora.

Terminadas todas las operaciones de identificación, los inmigrantes pasan á un amplio refectorio, en donde se les sirve gratuitamente una comida que la administración paga.

Los inmigrantes que no han de quedarse en Nueva York son conducidos á una inmensa rotunda y después de agrupados según sus destinos, se dirigen por unos corredores en forma de abanico al muelle de embarque, en donde varios *ferryboats* los llevan directamente á las estaciones ferroviarias respectivas. Allí se les vigila hasta la salida de los trenes, porque la mayoría de aquellos desdichados no sabrían arreglarse solos; de aquí que el gobierno norteamericano, de acuerdo con las sociedades de emigración, los tome bajo su tutela. Antes de esta organización, sucedía que inmigrantes llegados para reunirse con sus parientes ó amigos, ó esposas que iban á juntarse con sus maridos, los buscasen á veces durante meses sin encontrarlos por efecto de direcciones equivocadas y aun de simples errores de ortografía.

Los inmigrantes cuyo punto de destino es Nueva York, son divididos en dos secciones: aquellos á quienes reclama alguien de la ciudad (patronos, parientes, amigos) y aquellos que no conocen allí á nadie ni tienen asegurada colocación. Cada uno de estos grupos se dirige por distintas escaleras á diferentes salas.

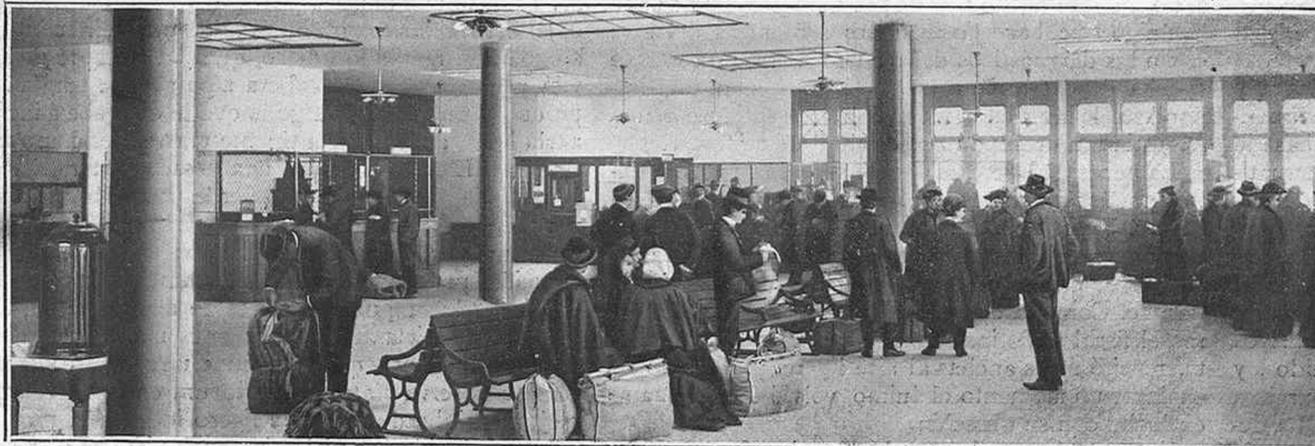
Aquellos á quienes alguien espera y que saben que su libertad está próxima, apresúranse á llegar á



La isla de Ellis. La antesala de la Tierra de promisión. Por esta especie de lazareto monumental, construido en un islote en el centro de la bahía de Nueva York, han de pasar todos los inmigrantes al desembarcar en la América del Norte

en los Estados Unidos y de sus futuros proyectos.

El inspector tiene á la vista el expediente de cada emigrante formado á la salida del vapor por los agentes de la compañía de navegación y que comprende los siguientes datos: nombre y apellidos, edad, sexo, estado, profesión, si sabe leer y escribir, nacionalidad, última residencia, puertos de embar-



Primer contacto con la América del Norte. Los inmigrantes desembarcan en un amplio vestíbulo, en donde han de declarar su identidad y el punto de su destino

cuentan por millares, es dirigido hacia una inmensa sala en donde se efectúa la primera selección. Cada cual lleva en la mano un papel verde y en el pecho un número sujeto con un alfiler; allí se los estruja, se los lleva á empujones sin que ninguno proteste: en todas aquellas caras, como embrutecidas por los quince días de navegación, hállase pintada la ansiedad producida por el sentimiento de lo imprevisto y sobre todo de lo desconocido que los infelices presienten detrás de las barreras que aun se interponen entre ellos y la libertad definitiva.

La primera formalidad que hay que llenar es la visita médica. Los inmigrantes puestos en fila encamínanse á un gran *hall*, dividido en toda su longitud por barreras y verjas, en donde los reciben dos médicos, de uniforme, que rápidamente les examinan los párpados, el cuero cabelludo y las mucosas bucales. A veces, el médico prescinde de este examen si del aspecto del individuo deduce que éste goza de buena salud; en cambio, si ha descubierto alguna tara, enfermedad incurable ó contagiosa, separa el enfermo para inspeccionarlo luego más detenidamente. Después, á todos los admitidos como buenos se les talla.

Terminado el examen médico, los inmigrantes, agrupados por nacionali-

que y de desembarco, lugar en donde ha de establecerse, si tiene billete hasta aquel lugar, si ha pagado él mismo su pasaje ó si se lo han pagado otras personas, una corporación, una sociedad, un municipio ó un gobierno; si trae una cantidad de dinero, si esta cantidad es superior á 30 dólares (150 pesetas) y en cuánto, si es inferior y, en este caso, si va á re-



Hospitalidad norteamericana. Los inmigrantes, después de llenar la formalidad de la identificación, pasan á un vasto y claro refectorio en donde se les sirve gratuitamente una comida

la sala; pero una vez en ella nada ven, porque una gran cortina cubre la alambrada detrás de la cual hay la sala de espera del público. De esta manera se

cionante. Entre los inmigrantes el cuadro es aun más conmovedor: aquellas gentes abatidas, tristes, fatigadas, que languidecen desde hace horas en la

las con agentes norteamericanos que sólo hablan en inglés; y si aquellas pobres gentes no han entendido bien lo que les han explicado algo apresuradamente,

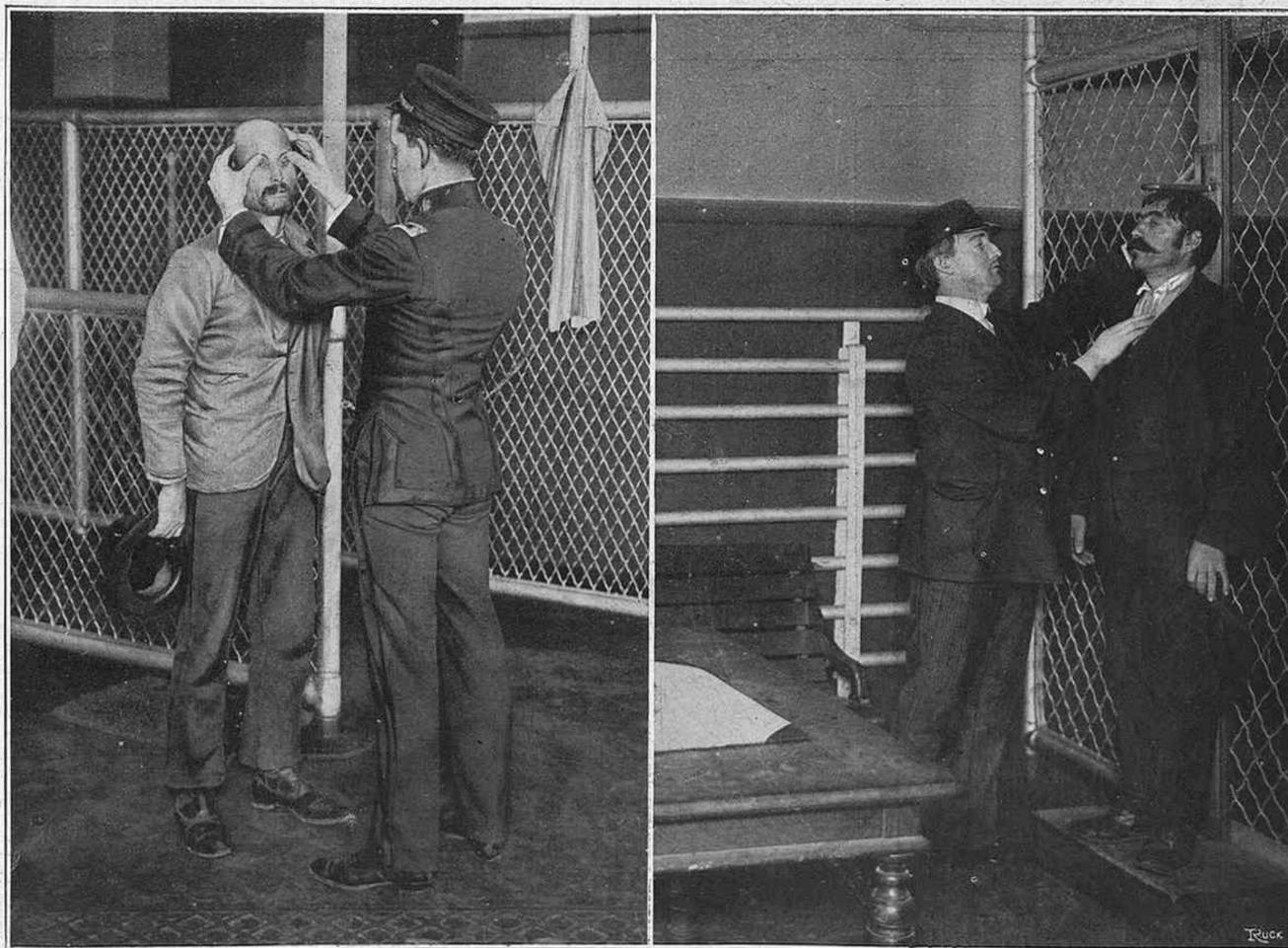


Una familia de inmigrantes boers. Muchas familias del Transvaal, después de la guerra con los ingleses, abandonaron sus granjas natales y se establecieron como agricultores en las provincias centrales de los Estados Unidos

evitan los gritos y las escenas ruidosas de otro tiempo cuando de los dos lados de la alambrada se reconocían los inmigrantes y los que los aguardaban. Ahora se llama á aquéllos por pequeños grupos; los que aguardan se acercan á un compartimiento enrejado y, una vez recorrida la cortina, pueden reco-

esperanza de su libertad definitiva, se transforman repentinamente al oírse llamar por sus nombres, y ríen, gesticulan y olvidan las molestias y los sufrimientos pasados, ante el placer de encontrar una simpatía después de las angustias de la partida, del viaje y de la llegada.

andan por allí como almas en pena con sus papeles en la mano enseñándolos, con aspecto desolado, á cuantos encuentran al paso. Hay muchos que esperan allí algunos días; porque las cartas que escribieron anunciando su viaje no llegaron á su destino ó porque el amigo ó el parien-



La visita medica. Los inmigrantes desfilan ante los médicos del gobierno, que los auscultan, examinan minuciosamente el estado de sus ojos, boca, cuero cabelludo, etc., y los miden

nocer á aquel á quien han ido á buscar. Todavía transcurren dos ó tres minutos; después, el inmigrante es libre. Cierto que hay aún manifestaciones, pero son pocas á la vez y menos intensas, gracias á las precauciones adoptadas. En el público, todos son semblantes risueños iluminados por una alegría emo-

Sólo viéndolo, puede uno formarse idea de la confusión indescriptible de idas y venidas, de interpelaciones, de súplicas, de preguntas en todos los idiomas, que en aquel hormiguero humano se entrecruzan. Porque, después de la inspección, rusos, italianos, alemanes, franceses, españoles, han de haberse-

te con quien contaban está enfermo ó ha muerto. Esos infelices padecen entonces una inquietud deprimente, y si, al fin y al cabo, nadie acude á reclamarlos, se les confía á sociedades de beneficencia que provisionalmente los auxilian y les procuran trabajo. Estas sociedades están muy bien organizadas,

sobre todo la alemana, la inglesa y la italiana, y han creado cajas de socorro y oficinas de colocaciones que funcionan perfectamente.

el acto. La necesidad de escribir cartas á su país de origen ó de comprobar referencias lejanas les retiene allí á veces durante semanas, viviendo, en el entre-

consigo toda su fortuna en humildes paquetes; esos desterrados á quienes la mala suerte ha arrojado de su patria, son, en el fondo, la América del Norte.



La inmigración en los Estados Unidos.—Inmigrantes que no han sido admitidos y que serán repatriados

Los inmigrantes que han sido «reservados» por los médicos ó por los inspectores administrativos, comparecen ante una comisión investigadora compuesta de cuatro individuos que los somete á un minucioso interrogatorio. Si no llevan dinero, ó no tienen relaciones en los Estados Unidos y, por añadidura, son viejos ó están enfermos, se les devuelve al sitio de su procedencia; pero los jóvenes de buen aspecto, resueltos y que tienen algún oficio ó profesión, nunca son rechazados, aunque no posean dinero y carezcan de referencias. Es una cuestión de especias: los Estados Unidos no quieren dar asilo á los valores negativos.

En el piso superior está la sala en donde esperan aquellos cuyos casos no han podido ser resueltos en

tanto, los hombres en una sala y las mujeres en otra. Mientras permanecen en la isla de Ellis, los inmigrantes no pagan nada por su estancia; todos los gastos corren de cuenta de las compañías de navegación que los condujeron á América. Alojados y mantenidos á costas de éstas, duermen en amplios dormitorios claros y limpios, en camas de hierro con colchón de muelles, y se les sirven tres comidas al día en cómodos refectorios. Para cada sexo hay unos quinientos sitios, con lavabos, lavaderos y secaderos al vapor.

Tal es el espectáculo que, en su primera etapa, ofrece la inmigración en los Estados Unidos.

Pues bien, aquella multitud de miserables obreros, obreras, labradores, criados y empleados que llevan

Son ellos, sus hermanos en miseria como ellos emigrados de los mismos países desde hace sesenta años, los que han hecho la América septentrional de hoy y los que harán la de mañana. El abuelo Van der Bilt, el abuelo Gould, el padre Rockefeller, Carnegie, Frick, todos esos archimillonarios que hoy gobiernan el Nuevo Mundo, llegaron allí quizás más pobres aún, no hace mucho tiempo y tenían el mismo aspecto, el mismo porte, los mismos apetitos, pero también la misma energía. Porque en la mayoría de esos miserables se advierte una energía, una idea fija que arruga sus frentes y anima sus miradas, que tal vez es una ilusión, pero que puede ser también una sugestión que convierta aquella ilusión en realidad.—N.

ZEISS
TESSAR
1:3.5 1:4.5 1:6.3
OBJETIVOS LOS MÁS PROPIOS Y LOS MEJORES PARA VISTAS INSTANTÁNEAS, RETRATOS Y PAISAJES.
Pídase el prospecto «P. 281» que se envía gratis y franco.
De venta en los almacenes de aparatos fotográficos.
CARL ZEISS, Jena, ALEMANIA

CESAR Y MINKA Criadero y comercio de perros de casta ZAHNA (Prusia) recomienda
Los más notables perros de casta
perros de guarda, de lujo y de compañía así como todos los *perros de caza*, desde el grande *Dogo de Ulm* y el *Perro de monte* hasta el más pequeño *perro faldero*. Lista de precios ilustrada gratis. *Envío á todas las partes del mundo y en todas las estaciones del año.*—Gran *exposición permanente en la estación ferroviaria de Zahna.*

Reino de Sajonia.
Technikum Mittweida.
Director: Profesor A. Holzt.
Escuela superior técnica p. la enseñanza de electrotécnica y construcción de máquinas. Secciones espec. p. ingenieros y técnicos. Laboratorios electrotécnicos y mecánicos. Talleres para la instrucción práctica. Mayor frecuencia anual 3610 estudiantes. Programa etc. gratis de la secretaría.

HISTORIA GENERAL de FRANCIA
ESCRITA PARCIALMENTE
POR REPUTADOS PROFESORES FRANCESES
Edición profusamente ilustrada con reproducciones de códices, mapas, grabados y facsímiles de manuscritos importantes, á 50 céntimos cuaderno de 32 páginas
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PILVORE. DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN